

EL CANADÁ AMERICANO DE ALEJANDRO SARAVIA

Norman Cheadle
Laurentian University
ncheadle@laurentian.ca

RESUMEN:

Este artículo argumenta que Alejandro Saravia, de origen boliviano, se destaca de su generación de escritores latinoamericanos tanto por su dominio de las dos lenguas oficiales de Canadá como por su diálogo intertextual con las literaturas canadienses. Sin olvidar su experiencia sudamericana ni los conocimientos culturales y literarios adquiridos allí, Saravia desarrolla en Canadá una poética que es a la vez canadiense e interamericana.

Palabras clave: Alejandro Saravia, literatura hispanocanadiense, estudios interamericanos

ABSTRAC:

This article argues that Alejandro Saravia, of Bolivian origin, stands out among his generation of exiled Latin American authors by virtue of his mastery of the two official languages of Canada as well as his intertextual dialogue with Canadian literatures. Not forgetting his South American experience or the cultural and literary knowledge acquired there, Saravia develops in Canada a poetics that is at once Canadian and inter-American.

Keywords: Alejandro Saravia, Hispano-Canadian literature, interamerican studies

RESUMÉ

Cet article veut argumenter qu' Alejandro Saravia l' écrivain,

d'origine bolivienne, se ressort de sa génération d'écrivains latino-américains grâce à sa maîtrise des deux langues officielles du Canada ainsi que son dialogue intertextuel avec les littératures canadiennes. Sans oublier son expérience sudaméricaine ni les connaissances culturelles et littéraires acquises au pays natal, Saravia développe au Canada une poétique qui est aussi canadienne qu'inter-américaine.

Mots-clés: Alejandro Saravia, littérature hispano-canadienne, études inter-américaines

De la generación de escritores de origen latinoamericano radicados en Canadá desde las últimas décadas del siglo XX, Alejandro Saravia es un caso excepcional. Es que escribe no sólo en su lengua materna, el castellano, sino también con soltura y maestría en francés e inglés, los dos idiomas oficiales de Canadá.¹ Tal dominio de las lenguas de uso canadiense va de la mano del empeño, también bastante único en su generación, con que Saravia se ha acercado a lo que es Canadá, adentrándose en su historia, sus literaturas y culturas; lo cual necesariamente lleva a Saravia a participar en nuestro permanente diálogo abierto sobre la identidad canadiense o, dicho de otro modo, en la lucha hegemónica por dar significado a ese significante flotante que es 'Canadá'. En fin, como ningún otro escritor hispanocanadiense, Saravia interpela al *lector canadiense*, tanto al anglófono como al francófono, tanto al lector aficionado como al especialista canadianista que se ocupa de la literatura e identidad canadiense.

En un trabajo anterior (2010) he sostenido la tesis que Alejandro Saravia, en su poemario *Lettres de Nootka* (2008) intenta

1 Varios escritores latinocanadienses escriben en castellano o en portugués y al mismo tiempo en otro idioma, o el inglés o el francés (Hazelton, 2007: 226) pero, que sepa yo, Saravia es el único que produce tanto en su lengua materna como en ambas lenguas oficiales del Canadá.

una suerte de reterritorialización de la lengua castellana en el vasto territorio ahora regido por el estado canadiense, evocando la presencia de los navegantes españoles y novohispanos en la costa de lo que hoy se llama British Columbia, la provincia canadiense que bordea el océano Pacífico. Nootka, según he argumentado en dicho trabajo, se convierte en sinécdoque de Hispanocanáda, y el título *Lettres de Nootka*, haciendo eco de las *Lettres persanes* (1721) de Montesquieu así como *Noticias de Nutka* (1793), el importante libro científico del novohispano ilustrado José Mariano Moziño que inaugura los estudios naturalistas, etnográficos y lingüísticos de los pueblos del noroeste pacífico, viene a significar, por así decir, “Cartas hispanocanadienses”. En el presente artículo quisiera situar el proyecto hispanocanadiense de Saravia en el contexto de los estudios interamericanos. Voy a sostener dos tesis: que, en vez de resignarse a ser un escritor hispanoamericano exiliado que se adapta mal que bien al nuevo entorno, Alejandro se ha hecho por voluntad propia *un escritor auténticamente canadiense*; Y que al hacerlo, Saravia ensancha el horizonte de lo que puede ser la identidad canadiense reinsertándola en una *perspectiva hemisférica, interamericana*. Este proyecto no es simplemente voluntarista y utópico – términos empleados aquí sin matiz peyorativo² – sino anclado en nuestra concreta experiencia histórica.

Las dos tesis, en mi concepto, no se contradicen sino que se complementan: la poética translingual y la política transcontinental de Saravia apuntan hacia un Canadá ya no norteamericano, ni siquiera anti-norteamericano, sino americano a secas. Mi análisis se centrará principalmente en el poemario de Saravia titulado *Lettres de Nootka* (2008), y hará referencia también a su novela autobiográfica *Rojo*,

2 Véase la reciente defensa apasionada que Peter Hallward (2011) ha hecho de la *voluntad* como categoría política. Los defensores de la *utopía* nunca han escaseado, especialmente en las Américas; véase, por ejemplo, Fernando Ainsa (1999).

amarillo y verde (2003).

Contextualización: la literatura hispanocanadiense

En su introducción a *Latinocanadá* (2007), libro pionero sobre la literatura latinocanadiense, Hugh Hazelton resume la historia de la emergencia de esta literatura, haciendo mención pasajera de los primeros contactos ibéricos en nuestras costas oriental y occidental – españoles, portugueses y vascos ya en el siglo XV en Terranova; españoles y novohispanos a finales del siglo XVIII en la costa de lo que hoy es la Colombia Británica – para luego referirse a la poco nutrida inmigración de profesores e intelectuales españoles que huían de la España franquista en los años 40, 50 y 60 del siglo pasado. Pero la literatura latinocanadiense propiamente dicha sólo empieza a surgir con las olas nutridas – esas sí – de profesionales e intelectuales que llegaron exiliados de las dictaduras latinoamericanas de las décadas 70 y 80, cuya figura emblemática puede ser el general chileno Augusto Pinochet: en efecto, sería sólo un poco hiperbólico afirmar que la literatura latinoacanadiense se la debemos principalmente a Pinochet y su titerero Henry Kissinger, arquitectos del Plan Cóndor en que participaba, entre otras naciones sudamericanas, Bolivia, país natal del novelista y poeta Alejandro Saravia que se trasladó al Canadá en 1986.

De los datos históricos escuetamente aludidos arriba, conviene subrayar dos de especial pertinencia a la obra de Saravia: 1) la presencia de los navegantes hispanos en la costa pacífica en el siglo XVIII (la temprana presencia española en Terranova no figura en los materiales poéticos de Saravia), y 2) la inserción en Canadá de la ola de escritores latinoamericanos, en su mayoría exiliados, a finales del siglo XX. Frente a los intelectuales españoles llegados a estas orillas a mediados del siglo XX, en cambio, Saravia marca distancias, aludiéndolos breve y sarcásticamente una sola vez en un poema en prosa titulado “Don Quijote en la maleta”: “the lost

children of Generalísimo Francisco Franco, ruling with the same zeal as the Caudillo himself over the frightened Spanish Departments [de las universidades canadienses] with their moralizing tone, their idea that they'd invented the language".³ Repitiendo un antiguo gesto de las letras y culturas hispanoamericanas, Saravia, se desmarca política y culturalmente de lo peninsular y reivindica el derecho americano de apropiarse de la lengua castellana, así posicionándose, en un primer momento, como escritor hispanoamericano, que no hispano a secas. Sin embargo, acto seguido en el mismo texto, el gesto truculento se desdice a medias: "Yet they were right in some instances... It's the language that carries us on. (No traje al Quijote en la maleta. Él me trajo en una frase.)"⁴ (Saravia, 2008: 68). El pasaje reconoce el tronco común de la lengua castellana, una comunidad que rebasa fronteras y mares y que permitirá a Saravia evocar como suya una común herencia histórica, específicamente la porción de ésta tocante a la costa occidental de Canadá, protagonizada en la lectura Saravia que hace del llamado Incidente de Nootka por dos criollos: el capitán limeño Juan Francisco Bodega y Cuadra (1744-1794), y el mexicano ilustrado José Mariano Moziño (1757-1820).⁵

Salta a la vista en todo escrito de Alejandro Saravia, su pertinencia a una generación de escritores latinoamericanos que se encuentran en Canadá por razones políticas, directa o indirectamente exiliados por culpa de regímenes dictatoriales de derechas que

3 ["los hijos perdidos del generalísimo Francisco Franco, reinando con el mismo celo que el propio Caudillo sobre los Departamentos de Estudios Hispánicos [de las universidades canadienses] con su tono moralizante, su idea que la lengua fue una invención suya"] (Saravia 2008:67-68). Toda traducción en este artículo es mía.

4 ["Sin embargo, tenían razón en algunos casos... Es la lengua que nos lleva adelante."]

5 Hubo un momento en que la actual Vancouver Island se llamaba la isla de Cuadra y Vancouver, debido a la amistad entre el navegante limeño y el capitán inglés, George Vancouver. Por su parte, Moziño gozaba del respecto de nadie menos que Alexander Von Humboldt (Engstrand, 2000: 4).

fueron apuntalados por Estados Unidos. Su novela autobiográfica *Rojo, amarillo y verde* (2003) conlleva una fuerte denuncia no sólo de las dictaduras militares bolivianas sino también del imperialismo económico norteamericano que las alienta, denuncia que se retoma en varios poemas – y no siempre los mejores – de *Lettres de Nootka*. La postura antiimperialista, la denuncia del orden geopolítico avalado ideológicamente por el neoliberalismo, es moneda común entre la mayoría de los autores latinos llegados al Canadá. Lo original en Saravia no está ahí sino en su curiosidad por la nueva tierra. Traumatizado por los efectos de la prepotencia estadounidense, Saravia parece no querer saber nada de la historia, la geografía o la cultura de EEUU. En cambio, indaga todo lo que tiene que ver con Canadá; su actitud abierta, aunque crítica, está siempre caracterizada por un interés sincero en lo que ha sido, es y será de este joven país. Es en esta actitud, reforzada por su dominio del inglés y del francés, donde radica la originalidad de la obra de Saravia, en particular su poemario *Lettres de Nootka*, libro que debe leerse como un solo texto que conforma una visión nueva de Canadá.

Dos novelas del exilio

Para relevar la diferencia entre Saravia y el resto mayoritario de su generación, bastará con comparar brevemente su novela *Rojo, amarillo y verde* (2003) con otra de temática muy similar: *Cobro revertido* (1992) de José Leandro Urbina. Ambas ‘novelas del exilio’ están ambientadas en Montreal, *Rojo* en los años 80, *Cobro* a finales de los 70. Sus respectivos protagonistas – Alfredo Cutipa, escritor boliviano, y el Sociólogo, intelectual chileno – han huido de dictaduras del Plan Cóndor, están aquejados por los problemas de sus países de origen y comparten posturas políticas; ambos desempeñan en argumentos novelescos estructurados en torno a sus relaciones afectivas con mujeres canadienses (o al menos conocidas en Canadá). Pero hay una diferencia significativa: el Sociólogo, por

más que odia al “tata Pinochet”, no duda en ningún momento de la solidez de su identidad chilena; la crisis que sufre en Montreal a raíz de su condición de exiliado es parcialmente amortiguada por el confort comunitario que encuentra frecuentando a su “tribu” de los otros exiliados chilenos, comunidad de una cohesión tal que logran colonizar un espacio cultural en Montreal (Cheadle, 2007: 292), cuya ancla territorial es el Bar Español en la avenida du Parc.⁶ El protagonista autobiográfico de Saravia, en cambio, no cuenta con semejante refugio, no frecuenta a otros bolivianos en Montreal: Alfredo Cutipa está muy solo. A diferencia del muy chileno Sociólogo de *Cobro revertido* que habita una patria portátil en la diáspora chilena, Cutipa sufre una fuerte crisis de identidad nacional que empieza ya antes de su huida de Bolivia, a la que denuncia como “patria imaginaria” (Saravia, 2003: 39): “la farsa de un virreinato que se sueña soberano, independiente y con himno nacional. Una colonia con su propio ejército de auto-ocupación” (Saravia, 2003: 32-33). Bolivia, en el concepto de Cutipa, pasó de ser una colonia española a una neocolonia del imperio norteamericano, sin haber logrado nunca una independencia que valga. (Se trata, claro, de la Bolivia pre-Evo Morales). Cutipa imagina a la madre patria como “una mujer cetrina, con las mejillas flácidas y un seno al descubierto, magro y completamente exhausto” (Saravia, 2003: 39-40) que lo ha seguido hasta Montreal para espantarle el sueño, instalándose al pie de su cama, “a veces enroscada como una vieja víbora desdentada” (Saravia, 2003: 36). Cutipa se esfuerza por deshacerse de su falsa patria siniestra, desbolivianarse. Hasta cierto punto, la novela puede leerse como una documentación novelizada de la agonía del yo boliviano de Alejandro Saravia, muerte simbólica que más adelante

6 No deja de ser significativo que hayan dejado el Canadá tanto el novelista Leandro Urbina como Gonzalo Millán, el poeta chileno que sirvió de modelo para el personaje de Urbina. Millán, en especial, nunca se sintió canadiense y, terminada la dictadura de Pinochet, volvió a Chile en cuanto pudo.

recapitulará el poeta en dos poemas redactados con motivo de su vuelta a Bolivia tras veinte años de ausencia: “Confesiones en el aeropuerto de Montreal” y “Meditación en el aeropuerto de La Paz”. Escribe en éste último: “me gustaría morir en un aeropuerto / sin saber si llego, sin saber si voy [...] me moriría tomando un café, o mejor un singani / que será el puente de una vida a la otra” (Saravia, 2008: 114). Sin embargo, como se nota en estos versos que hacen eco del famoso soneto de otro poeta andino⁷, ni Saravia ni su sosías ficcional Alfredo Cutipa logra desbolivianizarse del todo. Para ambos la patria natal se simboliza no en la despreciada bandera boliviana sino en el Illimani, montaña y ente telúrico invocado repetidamente por Cutipa en la novela; especialmente significativo es un poema suyo incluido como apéndice al final del libro y titulado “La sal del sur”:

El Illimani,
¿es sal, es azúcar?
¿o es sólo una nube solemne,
apenas vestida de piedra
para darle peso a nuestros sueños? (Saravia 2003: 210)

Cinco años después, el propio Saravia escribe en “Confesiones en el aeropuerto de Montreal”: “al llegar [a La Paz] le hablaré al Illimani / Él, que siempre ha poblado mis sueños / sabrá reconocirme // como un padre silencioso / sabrá decirme quién soy” (Saravia 2008: 113). Padre y patria es Illimani, pico trascendente que se alza desde la Pachamama: más que una copa de singani, el puente de una vida (sudamericana) a otra (norteamericana) consistirá en lo autóctono y lo telúrico, es decir, una poética telúrica de la ya transculturada tradición andina – con ecos de Arguedas y

7 “Piedra negra sobre una piedra blanca” de César Vallejo.

Neruda⁸ – que Alfredo Cutipa lleva consigo hasta Montreal, donde con el tiempo entroncará con la poética canadiense de la tierra. “La memoria es de esta tierra firme, piensa Cutipa, tierra que sostiene el árbol de los días” (Saravia 2003: 160). La memoria será de la tierra, pero también es historia real, concreta, material, inscrita en la cultura de la América profunda y autóctona. Sin embargo, poética telúrica y reconocimiento de lo autóctono no implicará, en Saravia, ni religión telúrica, ni ideología de impronta indigenista, ni mística de marca *New Age*. El poeta Saravia no sólo recordará la violencia de la historia colonial, como lo hace Alfredo Cutipa obsesivamente, sino que rescatará de ella algo de valor para el proyecto de repensar lo americano.

Where is here?

La experiencia de confusión y alienación de Alfredo Cutipa recuerda la de los protagonistas de las novelas del canadiense Graeme Gibson (*Five Legs*, 1969 and *Communion*, 1971): todos son personajes acomplexados, tímidos, perdidos, sin poder ubicarse. En la literatura anglocandense tales personajes representan un momento necesario en la evolución de la identidad canadiense, el perderse para luego poder reencontrarse, es decir, el desvincularse de una narrativa e identidad colonial o neocolonial para poder forjar otro proyecto de identidad, otra narrativa identitaria. De forma análoga, Saravia recorre a través de su protagonista autobiográfico una fase de desorientación y desvinculación de su despreciada Bolivia colonial y neocolonial, pérdida que le permitirá emprender una nueva búsqueda que a la larga será fructífera.

Las relaciones afectivas fracasadas de Alfredo Cutipa son

8 Por ejemplo, “aquel río silencioso y profundo de la historia jamás escrita de los suyos” (Saravia 2003: 159), alusión clara a la célebre novela de José María Arguedas. O esta alusión nerudiana en la misma página: “La gente circulaba a su alrededor, el aire olía a pan, a café, a cebollas”.

sintomáticas de su alienación y desubicación. De su breve relación con la quebequense Marcelle Meyer, lo único que sabemos es que ésta rompe con él de manera seca y brutal, sin explicación. Enamorado del fantasma de una boliviana ya muerta (una tal Amelia) y de otra mujer fantasma que no pasa de ser una alusión literaria (Susana San Miguel)⁹, Alfredo finalmente traba relaciones con una kurda elusiva, un personaje inverosímil que se llama “Bolivia”. Cuando ésta desaparece, la busca durante meses y meses por todo Canadá, empezando por todos los barrios y rincones de Montreal, buscándola inclusive en las antiguas y retorcidas calles de la ciudad de Quebec, entre los laberintos lingüísticos de Toronto, por los laberintos de bares por [*sic*] los puertos de Halifax, esperando su aparición junto a las mesas tatuadas y acuchilladas de la única hamburguesería frente a la estación de trenes de Winnipeg, buscándola vagón tras vagón en el caballo de hierro rumbo a Edmonton, en aquel tren que recorre diminuto la rugosa y densa geografía del escudo canadiense¹⁰, atravesando enormes distancias, cruzando las infinitas praderas incendiadas por el sol del atardecer. (Saravia 2003: p.127-128)

En este clásico recorrido canadiense no encuentra a “Bolivia” (ni a la mujer ni a la perdida identidad nacional) pero sí empieza a encontrar al Canadá, aunque se darán noticias de sus hallazgos no en esta novela sino más tarde en los poemas de *Lettres de Nootka*.

Pero ya en *Rojo, amarillo y verde* Saravia, a través de Alfredo Cutipa, empieza tímidamente a indagar la consabida cuestión de la identidad canadiense, formulada por Northrop Frye (1971: 220):

9 Seguramente una alusión a la Susana San Juan del *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, alusión que no deja de ser provocativa pero ajena a la temática que nos ocupa en este trabajo.

10 El escudo canadiense (Canadian Shield; Bouclier canadien) es una formación geológica de piedra de la era precambriana y de gran antigüedad. Cubre una mayor parte del país, desde la costa atlántica hasta las praderas de la parte central del país.

*Where is here?*¹¹ Ciertamente es que Cutipa/Saravia se limita a reproducir el cliché que manejan todos los inmigrantes oriundos de climas más dulces y que quiere caracterizar al Canadá como la tierra del eterno invierno, país ubicado en “el mismo ojo del polo norte” (Saravia, 2003: 100). Ya volveremos a la idea del norte, muy cara a la identidad canadiense, pero notemos aquí que el tópico del eterno invierno remonta al juicio despectivo de Voltaire según el cual Canadá *n’était que quelques arpents de neige*¹², comentario conocido por todos los canadienses, francófonos y anglófonos, quienes lo citamos con una mezcla de resentimiento y orgullo. Cinco años después, sin embargo, Saravia le dará vuelta este tópico al iniciar sus *Lettres de Nootka* con un poema en la lengua de Voltaire, “L’amoureuse de Côte-des-Neiges,” texto que en un nivel constituye un himno amoroso cantado precisamente a la nieve y, por ende, una réplica concienzuda, sin agresión, al filósofo francés.

En dicho poemario, el itinerario canadiense de Alfredo Cutipa lo realiza en carne propia el poeta Alejandro Saravia y nos envía a los lectores canadienses, en tres lenguas, sus noticias. “Ahora eres de aquí” (Saravia, 2008: 17) leemos en la primera frase del primer poema escrito en español del libro, “La nueva tierra.” Cien páginas después, en el último poema del libro, el poeta inserta inopinadamente en “Cartas de Nutka” esta frase: “aquí estás en Nootka” (Saravia, 2008: 117). Es como si la famosa pregunta de Frye no anduviera lejos en ningún momento de la conciencia del poeta mientras redacta

11 “Canadian sensibility has been profoundly disturbed, not so much by our famous problem of identity, important as that is, as by a series of paradoxes in what confronts that identity. It is less perplexed by the question ‘Who am I?’ than by some such riddle as ‘Where is here?’” (Frye, 1971: 220). [“La sensibilidad canadiense ha sido profundamente conmocionada, no tanto por nuestro famoso problema de identidad, por importante que sea éste, como por una serie de paradojas en lo que confronta esa identidad. La pregunta ‘¿quién soy?’ la deja menos perpleja que algún otro enigma como el de ‘¿Dónde es aquí?’”].

12 [“no era sino unas cuantas parcelas de nieve.”]

sus noticias de Canadá. Recapitulando y extendiendo el itinerario de Alfredo Cutipa, el poeta Saravia no sólo recorre sino que nos manda noticias desde múltiples *hic* de Canadá: Thunder Bay, Waskiesu, Peggy's Cove, Saskatoon, Calgary, Nunavut, Whitehorse, Saddle Lake en Alberta, para terminar su trayecto en Nootka, *finisterrae* de la costa occidental de la isla de Quadra y Vancouver, por citar su topónimo originario. Como los primeros viajeros y navegantes que llegaron a la inmensidad americana de este país, Saravia poeta hace de geógrafo en el sentido literal del término: el que escribe la tierra; el mapa, en sentido llano y metafórico, es un *Leitmotiv* del libro.

Intertextualidad con literatura(s) canadiense(s)

Geografía, pues, pero una geografía cultural y literaria. Saravia, como los viajeros y exploradores venidos antaño de Europa, conoce el país en carne propia y da cuenta de la vastedad y multiplicidad de Canadá, pero también va al encuentro de la literatura canadiense, es decir, las literaturas de las ‘dos soledades’ anglófona y francófona. La lista de autores canadienses aludidos directa o indirectamente incluye a los francófonos Émile Nelligan, Louis Hémon, así como los cantautores Félix Leclerc y Gilles Vigneault; entre los anglófonos están Hugh MacLennan, Leonard Cohen, David Fennario, Alice Munro, Michael Ondaatje, W.P. Kinsella y Robert Service; también menciona a Llasa, cantautora trilingüe (español, francés e inglés) y la *throat-singer* inuit Tanya Tagak. Mención especial merecerá el mestizo francófono Louis Riel, autor, sí, pero conocido más por actor histórico muy controvertido. Comentaremos aquí tan sólo los contactos que Saravia establece con los canadienses Émile Nelligan, Hugh MacLennan y Louis Riel.

El primer poema de *Lettres de Nootka*, el bellissimo “L’amoureuse de Côte-des-Neiges”, alude no sólo a Voltaire, como ya queda dicho, sino al muy querido poeta montrealés Émile Nelligan (1879-1941). Ya el título recuerda el poema “Notre-Dame-

des-Neiges” (Nelligan, 1952: 148), pero es más: los versos de Saravia que hablan “des cartes géographiques / sur sa paume, sur la neige qui neigait / dans les rues de Côte-des-Neiges” (Saravia, 2008: 13) rinden homenaje a los versos conocidísimos del poema “Soir d’hiver” de Nelligan: “Ah! comme la neige a neigé! / Ma vitre est un jardin de givre. Ah! comme la neige a neigé!” (Nelligan, 1952: 82).¹³ Así como Nelligan inventara una tal Nuestra Señora de las Nieves (a partir de Notre Dame de Grâce), Saravia inventa a otra santa madre universal, otra versión americana de la Virgen católica. Sin embargo, “notre amoureuse de Côte-des-Neiges” (Saravia, 2008: 14), como la Suzanne amante de todos los marineros del célebre poema musicalizado de Leonard Cohen (Cohen, 1966), es una mujer de carne y hueso, una santa laica y sensual con una dimensión trascendente. Específicamente, la de Côte-des-Neiges es la madre de los inmigrantes recién venidos al Canadá que se anidan en ese barrio que toma su nombre de la calle montrealés; y es la madre del cielo canadiense que habla nevando en el idioma francés canadiense, cuyas entonaciones saborea el oído no-francófono de Saravia: “la neige, parole que dit tout d’ici / sans rien dire, la neige la nêige la nâige” (Saravia, 2008: 13). Con este primer poema, Saravia se establece como otro poeta montrealés, ciudad canadiense por excelencia por su bilingüismo francés-inglés y su rica tradición literaria en ambos idiomas.

Ya en *Rojos, amarillo y verde* se ha citado a otro importante autor montrealés, el anglófono Hugh MacLennan, autor de la novela canónica *Two Solitudes* (1945), título que se refiere a las culturas francesa e inglesa, históricamente paralelas e incomunicadas, y

13 En “La amorosa de Côte-des-Neiges”: “cartas [mapas] geográficas / en su palma [de la mano], sobre la nieve que nevaba / en las calles de Côte-des-Neiges [Cuesta de las Nieves]”; en “Atardecer invernal” de Nelligan: “¡Ah, cómo la nieve ha nevado! / Mis cristales son un jardín de escarcha / “¡Ah, cómo la nieve ha nevado!”.

que pronto se convirtió en tópico.¹⁴ Llama la atención que Saravia evite mencionar la novela *Two Solitudes*, seguramente porque no corresponde a su experiencia en Montreal.¹⁵ En vez de su obra más conocida, Saravia elige aludir a otra novela de MacLennan, *The Watch That Ends the Night* (1958); su personaje Alfredo Cutipa la caracteriza como “[u]na novela sobre un médico canadiense que en plena guerra civil española ejecuta la primera transfusión de sangre en la historia de la medicina moderna”, y luego comenta: “con este libro estoy tratando de leer esta isla” (Saravia, 2003: 12). El resumen de Cutipa confunde al protagonista, Jerome Martell, con su modelo, la figura histórica Norman Bethune (1890-1939) que concibió y organizó en el campo de batalla durante la guerra española la primera unidad móvil de transfusiones de sangre. El pequeño error de Cutipa es significativo, pues pone el dedo en la llaga ideológica de la novela de MacLennan: Keiichi Hirano ha argumentado de manera convincente que con su personaje, Jerome Martell, MacLennan opera una domesticación del Norman Bethune, cuyo comunismo no puede tragar el anglocanadiense clasemediano (Hirano, 1968). Dado que Cutipa trata de leer a “esta isla” – es decir, Montreal, figuración de Canadá – en la novela de MacLennan, quien a su vez es un influyente lector de Montreal e intérprete de lo canadiense, Saravia nos insta a volver a leer a MacLennan leyendo a Montreal y al Canadá: ejercicio de lectura crítica y enriquecedora desde una

14 Los montrealenses en la actualidad mencionan el tópico de MacLennan con sorna, pues ya no es vigente para describir una ciudadanía mayoritariamente bilingüe y cada vez más trilingüe. Sin embargo, la situación fuera de Montreal, en mucho del resto del Canadá, todavía corresponde a la ocurrencia de MacLennan. Un habitante de Medicine Hat en Alberta, por ejemplo, frente a otro de Rimouski en Quebec viven en dos mundos lingüística y culturalmente incomunicados entre sí.

15 O simplemente por evitar lo manido. Tampoco menciona a Margaret Atwood, omisión seguramente intencionada, puesto que la célebre autora se ha hecho a la vez Gran Dama y marca de fábrica de la literatura canadiense en el mercado globalizado.

perspectiva más abarcadora.

En los dos libros aquí comentados, Saravia insiste repetidamente, en tres idiomas, en la fórmula “isla de Montreal”, lo cual es geográficamente exacto, además de ser culturalmente acertado. Montreal, ciudad bilingüe, es a la vez un microcosmos de todo Canadá y un lugar excepcional, una isla con cultura propia que se alimenta de las demás. El acierto de Saravia, lector-geógrafo, es que capta esta paradoja: en su atlas poético de Canadá, Montreal se perfila a la vez como el centro transcultural canadiense (son más frecuentes sus alusiones a escritores montrealenses) y como una isla cuya experiencia de sangres transfundidas es única.

Sangre mezclada, biológica y culturalmente, es la principal marca de identidad de Louis Riel (1844-1885), mestizo francófono que lideró en las praderas del Canadá central un movimiento nacionalista contra el gobierno canadiense de Ottawa. Riel soñaba con otro Canadá, una nación mestiza independiente, visión que fue evolucionando durante su vida dramática para quedar formulada al final en un poema suyo titulado “Le peuple Métis-Canadien-français” (1883):

Métis et Canadiens ensemble
 Français, si nos trois éléments
 S’amalgament bien, il me semble
 Que nous serons un jour plus grands.¹⁶
 (APUD: Braz, 2003: 6)

Según contaba Riel, Dios se le presentó en un sueño para pedirle que borrara la línea entre Canadá y Estados Unidos (Braz, 2003: 8). De modo que la visión de un Canadá distinto al que confeccionaron en 1867 los Padres de la Confederación, próceres

16 [“Mestizos y canadienses franceses juntos / si nuestros tres elementos / se amalgaman bien, me parece/ que seremos un día más grandes”].

de ascendencia europea, no sólo chocó con el Canadá oficial sino también con la ya agresiva potencia al sur del paralelo 49 que acababa de tragarse extensos territorios mexicanos. El mestizaje revulsivo y revolucionario de Riel confunde y transfunde, pues, no sólo los arreglos territoriales y políticos de los blancos dueños de la América del Norte sino también sus categorías de pensamiento europeo. La represión militar realizada en la Batalla de Batoche de 1885, así como el juicio y ahorcamiento de Riel, son otra llaga en la historia canadiense. A pesar de la reconversión del mestizo díscolo en “héroe nacional canadiense” que últimamente ha operado la cultura oficial (Braz, 2003, 13), la llaga sigue sin sanear: sigue y seguirá el debate en torno a Riel y lo que significa.

También en esa llaga pone el dedo Saravia, aludiendo dos veces en *Lettres de Nootka* a Louis Riel. “El silencio de Batoche” es, paradójicamente, un poema gritón que denuncia rencorosamente el papel de los peores elementos de los enemigos francófonos y sobre todo anglófonos de la causa de Riel y su general Gabriel Dumont. Más logrado es el poema “Los granos de la tierra” sobre un abandonado silo de madera en que antaño se guardaban cereales. Dentro del silo, “se escucha un rumor de pájaros / la respiración del viento entre los maderos / un algo de polvo y sueño / de aquellos pasajeros de las Praderas / Louis Riel, Tommy Douglas” (Saravia, 2008: 42). Tommy Douglas fue fundador del *New Democratic Party*, partido que formó en la provincia de Saskatchewan el primer gobierno socialdemocrático de América del Norte. Su gobierno instituyó por primera vez en el mismo continente un programa de asistencia médica universal, con tanto éxito que en 1966 el gobierno federal siguió el ejemplo.

Es llamativa la yuxtaposición de los nombres de Louis Riel y Tommy Douglas (1904-1986): un mestizo francófono y católico del siglo XIX junto a un baptista protestante de ascendencia escocesa del siglo XX; un visionario que sufrió la derrota junto a

otro visionario cuyo proyecto gozó de cierto éxito. La vinculación de Tommy Douglas, uno de los políticos más venerados de nuestra historia y motivo de orgullo de la mayoría de los canadienses, con el controvertido Riel, tiene como consecuencia la afirmación de la condición canadiense de éste, aunque el Canadá de Riel sólo persista como “un algo de polvo y sueño”. Al mismo tiempo, el Canadá con que soñaba Riel sería continental, americano, cuyos contornos territoriales harían caso omiso la frontera Canadá-EE.UU., esa línea trazada a través de las praderas continentales por potencias imperiales usurpadoras. Como reza el poema: “habló la dinamita / volaron los pájaros / cuando el silo se vino abajo” (Saravia, 2008: 43), pero los pájaros pueden volver, transculturados, en figuras como Tommy Douglas. Por otra parte, la imagen final de destrucción de este poema tiene una secuela en otro poema que parece narrar las consecuencias de esa destrucción por dinamita; en “The Fall”, ambientado en las praderas, el yo poético empieza preguntando: “how did I survive? / what soil opened itself / to my burnt flesh? // was the mud my mother? / who picked up my broken wings?” (Saravia, 2008: 72)¹⁷. La respuesta está cifrada en imágenes telúricas: campos trigueros y su música, o sea, la tierra continental, la Pachamama americana, suelo y fundación de un posible Canadá utópico.

*The Idea of North*¹⁸

El Norte ha sido un ideologema central del proyecto identitario canadiense, y Saravia evidencia plena conciencia de ello en varios poemas. El recién llegado a Montreal dice: “je marche dans cette ville ... mes yeux venus d’ailleurs ... rivés dans les géographies

17 [¿cómo sobreviví? / ¿qué tierra se abrió / a mi carne chamuscada? // el barro ¿era mi madre? / ¿quién recogió mis alas rotas?]

18 *The Idea of North* es un documental sonoro que Glenn Gould (el célebre pianista canadiense) hizo para la radio en 1967 y que todavía suscita mucho interés crítico (Hulan, 2002: 192n).

du sang ... loyaux au nord magnétique” (Saravia, 2008: 36):¹⁹ El Norte en la conciencia canadiense figura un más allá especulativo que, como Dios, trasciende las grandes diferencias culturales que nos caracterizan. Es también lo que nos distingue de Estados Unidos (los canadienses olvidamos la existencia de Alaska), como se ve en los versos de F.R. Scott que alaban el río Mackenzie: “a river so Canadian / it turns its back on America”²⁰ (APUD, 2002: 12). Otros versos del mismo poema da voz al mito de un originario vacío espiritual, austera fuente de fuerza y pureza: “land so bleak and bare / a single plume of smoke / is a scroll of history”²¹ (citado en New, 1997: 120). Saravia elabora, con sensibilidad muy canadiense, la noción del Norte trascendental, atemporal y originario en “View from the Tundra”: “Facing the tundra alone, alone / We are a shadow free from the cave / An illustrated echo, a lost Descartes // Here we stand, naked, without Reason / No History, nor Language or Name”²² (Saravia, 2008: 29). Con sus referencias a la cueva de Platón y al *cogito* cartesiano, el poeta visualiza la *Idea del Norte*, visión condicionada según las categorías de la filosofía de Occidente.

Pero también lo sabrá visualizar desde otra perspectiva. En tanto ideograma, el *northern wilderness*, las tierras supuestamente desiertas del norte, representa cierta usurpación ideológica de las tierras norteñas por los colonos europeos en menoscabo de las culturas autóctonas (Hulan, p. 9), usurpación que refleja y justifica otra material. Un pasaje típico del mito del norte desierto se lee en la citada novela de Hugh MacLennan:

19 [“ando en esta ciudad ... mis ojo venidos de otra parte ... Clavados en geografías de la sangre ... leales al norte magnético”].

20 [“un río tan poderoso / que le da la espalda a Estados Unidos”].

21 [“tierra tan inhóspita y desierta / que una sola columna de humo / es un rollo de historia”].

22 [“Frente al tundra solos, solos / Somos una sombra liberada de la cueva / Un eco ilustrado, un Descartes perdido // Aquí estamos, desnudos, sin Razón / Sin Historia, ni Lenguaje ni Nombre”].

The headlights cascading down Côte des Neiges were like two rivers of light and it was so cold the whole north seemed to be breathing quietly into my face. This air had come down from the empty far north of spruce and frozen lakes where there were no people, it had come down from the germless, sinless land.²³ (p. 23)

Se diría que Saravia hace eco de este pasaje en su poema “Sedna en el bulevar St-Laurent”, pero con una diferencia llamativa: “La voz de Sedna / la dios inuit, / que es divinidad marina y monstruo ... baja cantando del Ártico a Montreal ... cantando en la garganta de Tanya Tagak, la mujer de Ikaluktutiak // En ella gira el aliento de las tierras del Ártico” (Saravia, 2008: 19). Ambos pasajes describen un mismo movimiento según el cual el “aliento” del norte baja a la ciudad del sur. Pero en vez del aliento del dios impersonal de la tierra antiséptica e inmaculada que imagina MacLennan, Saravia reconoce el aliento de una diosa cruenta en una tierra poblada por un pueblo y sus dioses.

En otro poema, “Seal and Bear in the Frobisher Inn”, el norte ya no es un vacío atemporal sino el sitio de un choque violento entre historia europea y temporalidad mítica. Dos mujeres inuit, caracterizadas respectivamente como una foca y un oso, pelean con saña en el pueblo nombrado por el navegante y aventurero inglés Martin Frobisher (1535-1594). El encuadre del poema en la temporalidad mítica no oculta las consecuencias actuales del choque histórico detonado en el siglo XVI.

Así como el documental del talentoso Glenn Gould logró tejer muchas voces en contrapunto, Saravia teje una pluralidad de perspectivas canadienses sobre el norte y luego agrega otra. Al final

23 [“Los faros que venían cayendo en cascada por Côte des Neiges eran como dos ríos de luz, y hacía tanto frío que parecía que el norte entero me daba en la cara con su aliento tranquilo. Este aire había bajado desde el vacío y lejano norte de piceas y lagos congelados donde no había gente, había bajado de la tierra sin microbios, sin pecado.”]

del poema “Sedna...”, el poeta vincula a la diosa inuit con un ente mítico boliviano: “Sedna herida que se hunde en el metal helado del Ártico ... no sabe que también es hermana del Tío / del dios andino y minero” (Saravia, 2008): 21. Se abre así una perspectiva interamericana que hace del norte canadiense un punto de mira privilegiado del hemisferio. Pocas páginas después, el ya citado “View from the Tundra” remata su meditación filosófica evocando el punto de partida taumatúrgico que comparten tanto la filosofía como el pensamiento mítico: “This tundra dresses you up / With the first nakedness / The first marvelled vision”²⁴ (Saravia, 2008: 29). Desde la tundra se abre un panorama panamericano que abarca los vastos territorios desde el polo norte hasta el corazón andino de la América del Sur, allí donde otro alto peruano, hijo americano de conversos judíos, dedicara su vida adulta a razonar su propia visión maravillada, según la cual el Paraíso Terrenal se hallaba en la América del Sur: me refiero al jesuita Antonio de León Pinelo y su obra monumental *El Paraíso en el Nuevo Mundo* (1650).

Conclusión: *Canada and its Americas*

En otro trabajo ya mencionado, intenté mostrar cómo Alejandro Saravia resucita poéticamente a dos figuras criollas, protagonistas de la Real Expedición Científica al Noroeste Pacífico 1788-1803 que se emprendió en el ocaso del Imperio español y en los albores de un “Canada frágil, fetal” cuando el castellano era “la más nueva, la más fragante novia” de la costa del Pacífico noroeste (Saravia, 2008: 117, 118) y cuando esa costa rugosa todavía era, en efecto, territorio libre. Sostuve que con ese poema final que da título al libro *Lettres de Nootka*, Saravia reabre la historia canadiense en un momento en que la pugna entre varias potencias imperiales – española, británica, rusa y la pujante estadounidense – estaba todavía sin decidir. Era el momento en que todo el orden hemisférico se sacudía como bajo el

24[“Este tundra te viste / Con la primera desnudez / La primera visión maravillada”].

impacto de placas tectónicas que se entrecrocaban. Momento, en fin, justamente anterior a la independencia de Haití y al nacimiento de las naciones hispanoamericanas. Lo que iba a ser de los inmensos territorios del noroeste era todavía una pregunta abierta; el destino de un Canadá fetal aún era una posibilidad en que cabía cualquier sueño.

Para concluir este trabajo, quisiera observar que Saravia, enriqueciendo este Canadá todavía frágil y fetal, temeroso y abrumado por la potencia económica y militar del vecino EE.UU., efectivamente interviene en el reciente diálogo sobre los estudios interamericanos. Ante éstos, los autores contribuyentes de la colección *Canada and its Americas* expresan una mezcla de reticencia prudente y esperanza incierta. Cynthia Sugars, aunque reconoce buenamente la justicia de la crítica poscolonialista al nacionalismo canadiense, no quiere renunciar a la identidad nacional canadiense (Sugars, 2010: 39), siendo ésta un refugio y sitio de resistencia contra el imperialismo estadounidense, y se muestra muy cautelosa ante el paradigma interamericano: “Can Canada afford to be subsumed within the category of hemispheric, inter-American studies?”²⁵ (Sugars, 2010: 45). David Leahy, en cambio, da fe de una confianza mayor en lo que puede Canadá: “Isn’t it time that more Canadians, Québécois, and other peoples within the Americas recognize and address our own *américainité* rather than reproducing the role of reactive colonial subjects in a reductive imperial dyad?”²⁶ (Leahy, 2010: 67). William Siemerling y Sarah Phillipas Casteel opinan que Leahy, con su análisis de dos poetas canadienses –

25 [“¿Canadá puede darse el lujo de dejarse subsumir bajo la categoría de los hemisféricos estudios interamericanos?”]

26 [“¿No va siendo hora que un mayor número de canadienses, quebequenses y otros pueblos dentro de las Américas reconozcamos y tratemos de nuestra propia americanidad en vez de reproducir el papel de reactivos sujetos coloniales en el marco de una diáda imperial?”. La diáda imperial consiste en el imperio (EE.UU) frente a los pueblos dominados por éste.

Dionne Brand, oriunda de la isla caribeña Trinidad y Tobago, y el quebequense Paul Chamberland – logra dar un paso hacia una crítica literaria hemisférica que no debilita la especificidad canadiense (Siemerling, 2010: 15). Espero haber sugerido en lo anterior que la poética de Alejandro Saravia aporta mucho a una perspectiva interamericana que no hace daño a lo canadiense sino todo lo contrario: su obra nos permite vislumbrar un Canadá que, pese al lastre de su historia colonial y más allá de su (auto)subyugación al imperialismo estadounidense, lleva dentro de sí las semillas de un Canadá americano, ni neocolonial ni neocolonizador. Un Canadá que, dando la bienvenida a la “fragrante novia” hispanoamericana, le extiende una mano fraternal, por encima del gigante de al lado, a las naciones sureñas de estas Américas.

Greater Sudbury, 2011

REFERENCIAS

Aínsa, Fernando. (1999) *La reconstrucción de la utopía*. Serie Antropológica. Buenos Aires: Ediciones del Sol.

Braz, Albert. (2003) *The False Traitor: Louis Riel in Canadian Culture*. Toronto: University of Toronto Press.

Cheadle, Norman. (2007) “Canadian Counterpoint: Don Latino and Doña Canadiense in José Leandro Urbina’s *Collect Call* (1992) and Ann Ireland’s *Exile* (2002).” *Canadian Cultural Exchange: Translation and Transculturation / Échanges culturels au Canada: Traduction et transculturation*. Ed. Norman Cheadle y Lucien Pelletier. Waterloo, Canada: Wilfrid Laurier University Press. 269-304.

_____. (2010) «El verdadero nombre de Mozino Point»: Translingual Poetics and Politics in Alejandro Saravia’s *Lettres*

de Nootka. Congrès international Langue et territoire. Sudbury, Canadá. Actas todavía inéditas.

Cohen, Leonard. (1966) "Suzanne takes you down." *Parasites of Heaven.* Toronto y Montreal: MacClelland and Stewart. 70-71.

Engstrand, Iris H.W. (2000) "Of Fish and Men: Spanish Marine Science during the Late Eighteenth Century." *The Pacific Historical Review* 69.1: 3-30.

Frye, Northrop. (1971) *The Bush Garden: Essays on the Canadian Imagination.* Toronto: Anansi.

Gibson, Graeme. (1969) *Five Legs.* Toronto: Anansi.

_____. (1971) *Communion.* Toronto: Anansi.

Hallward, Peter. (2011) "The Will of the People: Dialectical Voluntarism and the Subject of Politics." *Theory After Theory.* Ed. Jane Elliott and Derek Attridge. Londres y Nueva York: Routledge. 90-104.

Hazelton, Hugh. (2007) "Polylingual Identities: Writing in Multiple Languages." *Canadian Cultural Exchange: Translation and Transculturation / Échanges culturels au Canada: Traduction et transculturation.* Ed. Norman Cheadle y Lucien Pelletier. Waterloo, Canada: Wilfrid Laurier University Press. 235-245.

_____. (2010) "Transculturation and National Identity in the Novel *Rojo, amarillo y verde* by Alejandro Saravia. In Siemerling y Phillips, eds. (2010) *Canada and Its Americas.* 219-230.

Hirano, Keiichi. (1968) "A Note on Hugh MacLennan's *The Watch That Ends the Night*." *Studies in English Literature 1968*. Tokyo: The English Society of Japan. 37-59.

Hulan, Renée. (2002) *Northern Experience and the Myths of Canadian Culture*. Montreal y Kingston: McGill-Queen's University Press.

Leahy, David. (2010) "Counter-Worlding *A/américanité*." Siemerling y Phillips Casteel, eds. *Canada and Its Americas*. 31-47.

León Pinelo, Antonio de. (1943) *El Paraíso en el Nuevo Mundo*. Lima: Comité del IV Centenario del Descubrimiento del Amazonas.

MacLennan, Hugh. (1945) *Two Solitudes*. Toronto: Collins.

_____. (1959) *The Watch That Ends the Night*. Toronto: MacMillan.

Moziño, José Mariano. (1998) *Noticias de Nutka*. Ed. Fernando Monje y Margarita del Olmo. Aranjuez: Ediciones Doce Calles; Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Nelligan, Émile. (1952) *Poésies complètes 1896-1899*. Dir. Luc Lacourcière. Montreal y París: Fides.

New, W.H. (1997) *Land Sliding: Imagining Space, Presence, and Power in Canadian Writing*. Toronto: University of Toronto Press.

Siemerling, Winfried y Sarah Phillips Casteel, eds. (2010) *Canada and Its Americas: Transnational Navigations*. Montreal and Kingston: McGill-Queen's University Press.

Saravia, Alejandro. (2003) *Rojo, amarillo y verde*. Toronto: Artifact Press.

_____. (2008) *Lettres de Nootka*. Toronto: Artifact Press.

Sugars, Cynthia. (2010) "Worlding the (Postcolonial) Nation: Canada's Americas." Siemerling y Phillips Casteel, eds. *Canada and Its Americas*. 31-47.

Urbino, José Leandro. (1992) *Cobro revertido*. Santiago: Planeta Chilena.